

revista
de
crítica
literaria
latinoamericana

 **LATINOAMERICANA**
EDITORES

AÑO XIII - N° 26
Lima - Perú
2do. Semestre
1987

SIGNIFICACION CONTEXTUAL DE MARTÍN RIVAS, DE ALBERTO BLEST GANA

Juan Durán Luzio

A principios del mes de julio de 1850 atravesaba la puerta de calle de una hermosa casa de Santiago un joven de veintidós a veintitrés años. Su traje y sus maneras estaban muy distantes de asemejarse a las maneras y al traje de nuestros elegantes de la capital¹.

Estas frases que dan inicio a la novela *Martín Rivas* ponen de manifiesto una constante de la estructura y otra del significado del texto: en lo formal, el rigor de su organización cronológica; en lo significativo, la explícita conciencia del narrador acerca de los distintos grupos sociales en el Chile de entonces. La rigurosidad de los procedimientos cronológicos utilizados en el desarrollo del discurso novelesco permite un paralelo estricto con el tiempo externo, histórico²; y gracias a esta pertinente relación se produce un encabalgamiento espontáneo de la ficción en el decurso de la historia nacional. Este recurso es de la mayor importancia puesto que de la historia nacional provendrán los acontecimientos utilizados por el narrador para dar un desenlace a su historia particular en la que, como es bien sabido, se logra romper el abismo social y económico que separa al joven provinciano y a un elegante de nuestra capital.

Desde las primeras frases el texto novelesco se inserta en su contexto; esta inserción ofrece una posibilidad de lectura que muestra la obra como algo más que una lograda narración de amor y orgullo. El referente temporal "a principios del mes de julio de 1850..." sitúa un mes y un año que, desde el punto de vista interno aparece como el tiempo apropiado y necesario para que el romance entre Martín y Leonor alcance su punto cumbre a mediados de abril del año

-
1. Todas las citas de la novela según la siguiente edición: Blest Gana, Alberto: *Martín Rivas, Novela de costumbres político-sociales*. Prólogo, notas y cronología de Jaime Concha. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, p. 5.
 2. Nos acogemos aquí a los conceptos que al respecto exponen Ducrot y Todorov: "Pero junto a estos tiempos *internos*, existen también tiempos *externos* con los cuales entra en relación el texto; el *tiempo del escritor*, el *tiempo del lector* y, por fin, el *tiempo histórico* (es decir, el tiempo que constituye el objeto de la historia como ciencia). Las relaciones que mantienen entre sí todas estas categorías definen la problemática temporal del relato". (Ducrot, Oswald y Tzvetan Todorov: *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Traducción de Enrique Pezzoni, Buenos Aires, Siglo veintiuno, 1974, p. 359).

siguiente; pero desde un punto de vista historiográfico esas fechas señalan el comienzo de la campaña presidencial del conservador Manuel Montt; julio de 1850 trae días de apasionados enfrentamientos de los grupos liberales en contra del pensamiento ultramontano que encarna Montt. Un par de meses antes, en abril de 1850, el presidente Bulnes había reorganizado su gabinete nombrando a Antonio Varas en la cartera del Interior, "lo que importaba la consagración oficial de la candidatura presidencial de Manuel Montt"³. Martín Rivas cruza el umbral de esa casa "que era de las más lujosas de Santiago" (p. 18), cuando comienza a cobrar fuerzas la campaña del hombre público más aborrecido por los sectores progresistas del país; precisamente el 10 de julio de 1850 se presentó en la Cámara de Diputados el primer proyecto de reforma a la Constitución portaliana para limitar a un poder ejecutivo ya demasiado fuerte; pero sería sólo un intento más de los liberales ante la inevitable victoria de Montt, que ahora contaba con el indisimulado apoyo del gobierno⁴. Además, son días durante los cuales el notorio crecimiento de la Sociedad de la Igualdad provoca la animadversión de los sectores aristocráticos que ven en ese desenfreno igualitario una seria amenaza a sus posiciones de clase:

Con esto se despertó poco a poco una nueva vida en la inerte población de Santiago, y la política llegó a ser el tópico de todas las conversaciones, la preocupación de todos los espíritus, la esperanza de unos, y de otros la pesadilla. (p. 53)

Por razón de la enunciación de fechas se crea en el texto una sutil relación entre el aumento de la tensión política y social del país y el comienzo y madurez de la relación amorosa entre Leonor y Martín; nada casualmente ambos hechos—el histórico y el ficticio— encuentran una primera resolución en la mañana del 20 de abril de 1851, durante "el motín de Urriola", cuando Martín, herido en el asalto al Cuartel de Artillería, declara su amor a la joven que lo espera angustiada. A raíz de este evento Rivas es detenido y encarcelado, pero, como José Miguel Carrera (hijo) y Benjamín Vicuña Mackenna, se fuga de prisión y se dirige a Lima; cinco meses después, amparado por el perdón que Bulnes decretó en favor de los revolucionarios en los últimos días de su mandato, el joven Rivas regresa a Santiago y, esta vez, para desposar a Leonor Encina. Contrariamente a su destino individual, la suerte del liberalismo que él asumió fue menos feliz: el 8 de diciembre de 1851, un mes después del enlace de los jóvenes amantes, dos mil chilenos morían en los campos de Loncomilla rubricando un nuevo triunfo de la reacción conservadora por sobre el pensamiento renovador que luchaba por un Chile más democrático.

3. Donoso, Ricardo: *Las ideas políticas en Chile*. México, Fondo de Cultura Económica, 1946, p. 406.

4. "El 10 de julio de 1850, Federico Errázuriz iniciaba la lucha por la reforma de la constitución del 33, proponiendo que se declararan reformables varios de sus artículos, y fundado su moción, sostenía que esa carta política era la causa de 'la ignorancia del pueblo, la falta de industrias, la miseria de las clases pobres, los defectos de la organización política y administrativa y los abusos del poder.' (Encina, Francisco A.: *Historia de Chile. Desde la prehistoria hasta 1891*. 2a. ed., Santiago, Editorial Nascimento, 1970, XII, p. 241).

Si la relación entre el ámbito individual y el nacional resulta sugerente, es aún de mayor interés observar el modo según el cual el narrador expresa la configuración de estos hechos y de la época en que se sitúan; por una parte advertiremos que la analogía entre la trayectoria de Rivas y la crisis de la sociedad chilena se establece para ilustrar un proceso relevante de la historia patria: a través de la vida individual la historia se concentra dramáticamente y permite la expresión épica de hechos que se generaron en el encuentro de hombres y grupos diversos, y de cuya especificidad chilena el narrador sabe dar buena cuenta, mostrando las razones de ese fenómeno social⁵. En 1862, fecha de aparición de la obra, se recrea en ella un mundo completo y reconocible para el lector que amplía el sentido de las ideas en pugna, superando así la abstracción historiográfica. Una década más tarde, la gesta de 1851 aparece como novelable porque el enfrentamiento entre liberales y conservadores expresaba tensiones profundas en el país, vividas y padecidas acaso, por la mayoría de sus lectores: la perspectiva de diez años permite comprobar lo expuesto por el narrador en un nivel general, al tiempo que los detalles aseguran un marco plenamente verosímil. Años después el narrador tiene clara conciencia de la hondura de la pugna política vivida en su sociedad; por ello no pretende una actitud desapasionada al representar esa escisión: bajo la vigencia del historicismo romántico, el discurso novélesco todo se parcializa en favor del bando liberal y sus ideales, de la opción de vida y sociedad que, aun con planes pocos precisos, ofrecían a la patria. La adhesión del narrador por la causa liberal es una tendencia ya claramente establecida⁶. Curiosamente esta adhesión por esa corriente política no logra ser bien explicada desde una perspectiva biográfica: Alberto Blest Gana no tuvo una participación política visible entonces, y hasta se encontraba fuera del país en abril de 1851; basta para calificarlo en este sentido una frase de Lastarria: "lo único que puede afirmarse de él es que no es reaccionario"⁷; es claro que Martín Rivas se comprometió mucho más que Alberto Blest en la política activa, pero no se trata aquí de explicar un caso de sublimación: la indagación en el texto indica móviles más significativos que la satisfacción personal.

Ya desde la dedicatoria la novela ofrece el primer indicio de una intencionalidad política: el copiapino Manuel Antonio Matta es una de las figuras más notorias del pensamiento progresista de entonces; diputado desde marzo de 1858, dirigió el grupo que publicaba un periódico abiertamente contestatario, *La Asamblea Constituyente*, cuyo fin principal era transformar el Chile conservador y jerárquico que había creado la constitución portaliana de 1833; en

5. Estas ideas son comentadas por Lukács, Georg: *La novela histórica*. Traducción de Jasmin Reuter. México, Ediciones Era, 1971, pp. 42-44.

6. Al respecto véanse los siguientes estudios: Concha, Jaime: "Prólogo", en la edición citada en nota 1, especialmente, pp. xix-xxi; y Goic, Cedomil: *Martín Rivas, La novela chilena. Los mitos degradados*. Santiago, Editorial Universitaria, 1968, pp. 33-49.

7. Esta frase es citada por Araya, Guillermo: "El amor y la revolución en *Martín Rivas*", en: *Bulletin Hispanique*, N° 1-2 (1975) p. 15.

diciembre de aquel año el periódico fue clausurado y sus directores enviados al destierro. Entre ellos marcha Manuel Antonio Matta. De regreso en Chile, gracias a la amnistía otorgada por el recién electo José Joaquín Pérez, Matta editará *La Voz de Chile*, en cuyas páginas aparece *Martín Rivas*. Las palabras de la dedicatoria no son imprecisas si se consideran como un propósito general de un sector de la sociedad que abomina del sistema de castas sociales y del ilimitado culto al dinero. Blest Gana saluda en Matta su "dedicación y constancia a la propagación y defensa de los principios liberales", y agrega, calificando al héroe de la novela: "su protagonista ofrece el tipo, digno de imitarse, de los que consagran un culto inalterable a las nobles virtudes del corazón..." Estas frases, además de hacer inequívoca la adscripción de Blest Gana al bando liberal, sitúan los ideales que sustentan la doble dimensión que ilustra texto y contexto: Manuel Antonio Matta es el ente histórico ejemplar entregado a la defensa de los principios por los cuales Martín Rivas arriesga su vida; a su vez, Rivas encarna la expresión victoriosa —ficticia pero verosímil— de esos mismos ideales. Es preciso aclarar aquí que la expresión "las nobles virtudes del corazón", no se refieren únicamente al amor, sino al desprendimiento, la honradez y el desinterés con que un grupo de chilenos había cimentado entonces su credo político, si bien carecían de planes precisos mediante los cuales esos principios pudieran transformarse en una práctica política⁸. Más allá de las luchas por el sufragio el liberalismo decimonónico es doctrinariamente ambiguo; no son ambiguos, sin embargo, la fuerza y el rencor de su protesta, su vehemencia por introducir cambios en las prácticas sociopolíticas del país; cambios que por fin dieran cauce a los postulados igualitarios formulados en 1810 y en 1818, como propósitos fundamentales de nuestra organización republicana. Para esta generación nacida después de la batalla de Lircay y del Ministro Universal Diego Portales, la independencia no acababa de consumarse, o, como sostenía Vicuña Mackenna: para llegar a la realización completa de la democracia era preciso conquistar una segunda independencia, la independencia de las almas⁹; o bien, como lo expresa dignamente Martín ante Leonor: "Yo me hallo en el caso de abogar por la independencia del corazón. Ante el amor no deben valer las jerarquías sociales." (p. 221).

Desde la emancipación se inicia el drama de la sociedad chilena: la inercia de la noche colonial se empecina en contra de la república democrática; y hacia 1850 la minería y la exportación agrícola le dan nuevos visos a esta antinomia; tales tensiones son en la novela más significativas que el amor, porque por ellas

8. Al respecto resulta de interés la siguiente aclaración: "El liberalismo no puede ser considerado puro y simplemente como 'La ideología de la clase burguesa'. Adquiere matices y tonos diversos que intentan expresar la particularidad de los distintos grupos en pugna. Hay un liberalismo que tiende a hacerse conservador; hay un liberalismo de tono positivista que enfatizará las ideas de civilización y progreso; hay un liberalismo de tono romántico que para reaccionar frente a la situación hará uso de un pasado a veces no tan remoto, tal la primera revolución de 1789". (Falletto Enzo y Julieta Kirkwood: *Sociedad burguesa y liberalismo romántico*, Caracas, El Cid Editor, 1977, p. 27). De la pugna entre esas tendencias se crea, según estos autores, la imprecisión política de esta corriente decimonónica.

9. La idea de Vicuña Mackenna es citada por Bonoso, Ricardo: *op. cit.*, p. 214.

se explican todos los conflictos afectivos presentados en la obra. En rigor, más que problemas de amor lo son de clase; en palabras de Edelmira Molina, "entre jóvenes como usted y nosotros, hay demasiada distancia para que pueden existir relaciones desinteresadas y francas." (p. 73) Puede afirmarse que el amor está sujeto a la perspectiva política; hay en rigor dos amores: uno liberal, que es espontáneo, desinteresado y sincero, y otro conservador —expresado más bien por los padres— y que es impuesto, calculado y falso. A través del amor la novela expresa un aspecto profundo del enfrentamiento político: la sustitución de antiguos pero nobles valores por prácticas modernas pero moralmente desacreditadas.

Por el talento de Balzac, del cual aprendía Blest Gana, ingresa en la literatura la mostración consciente de la lucha de clases, y así, la representación narrativa de las categorías y mecanismos que rigen la sociedad¹⁰. En estos mecanismos penetra la mirada del autor chileno que ha percibido aquí, fuerzas similares a las que en Francia condujeron a los levantamientos populares de 1848; pero por sobre este recurrido paralelismo, la historia chilena documenta brechas y discordias profundas antes de 1848, si bien este movimiento que Blest Gana, Arcos y Bilbao presenciaron en París, autorizó como legítimas las demandas de sectores no adinerados por participar en la conducción del gobierno nacional.

El trauma del Chile de 1850 es, según la novela, su escisión, la separación abismal que divide las clases sociales. Ningún rasgo descriptivo es ejercido más conscientemente por el narrador —e incluso por los personajes— que el de pertenencia a un grupo social. Por el texto puede afirmarse que si algo sabe de sí mismo el chileno de entonces, es su ubicación en una categoría y los límites de su ámbito social¹¹. Y como ambientación de escenas o acciones, nada más recurrente que las diferencias entre los domicilios de esos grupos; así, cada

10. Respecto al realismo francés escribe Hauser: "La lucha entre los distintos estratos de la sociedad, naturalmente, había sido descrita antes también por los literatos; ninguna descripción veraz de la realidad social podía desentenderse de ella. Pero ni las figuras literarias ni sus creadores eran conscientes del auténtico sentido de la lucha". (Hauser, Arnold: *Historia social de la literatura y el arte*. Traducción de A. Tovar y F. P. Varas-Reyes. Madrid, Ediciones Guadarrama, 1968, III, p. 46). Respecto a la novela del diecinueve afirma Zérafra refiriéndose a la contribución del género a la sociología: "Esta novela, en efecto, era la retratista de una sociedad que merecía ese nombre, puesto que presentaba categorías y mecanismos perfectamente identificables... pero identificables solo merced a los artificios de un Balzac". (Zérafra, Michel: *Novela y sociedad*. Traducción de José Castelló. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1973, p. 26).

11. Cuando Martín Rivas intenta comprar zapatos a los vendedores ambulantes de la plaza de armas, uno de estos —categorizados todos por su lenguaje como de los grupos bajos— lo denigra en términos de calificativos sociales: "¡Y como que tiene traza de futre pobre...!" (p. 25). Hasta la clase obrera posee ya denominaciones basadas en el aspecto de la persona. El esmero en la elegancia personal —rasgo constante en el texto— es igualmente resultado de aquel trauma: "Entre nuestra juventud, el hombre que no principia a mostrar su superioridad por la elegancia del traje, tiene que luchar con mucha indiferencia, y acaso con un poco de desprecio antes de conquistarse la simpatía de los demás." (p. 40) El narrador enjuicia su mundo con saber y congruencia, ilustrando al lector acerca de esas verdades sociales: el aspecto exterior alcanzaba el distintivo de categoría social.

espacio físico descrito en la novela se plasma, ante todo, como espacio social: la casa burguesa y la casa de medio pelo; la tertulia elegante en el salón de los Encina o de los Elías, y su antítesis, el picholeo en la sala de las Molina. Se celebra un dieciocho de septiembre de los ricos y otro de los pobres; en el teatro, la galería y el palco, donde la única comunicación posible es la de las miradas; y estas clases se observan con curiosidad y envidia en los pocos sitios públicos que pueden propiciar algún encuentro superficial. Por lo demás, cada lugar se reserva un riguroso derecho de admisión, y la transgresión a esa práctica de territorialidad es un sacrilegio que la sociedad cobra caro: a Agustín Encina, por ejemplo, por descender la línea de su clase; a Rafael San Luis, por la misma falta; a Adelaida Molina, por soñar con superar esas barreras. Pocas acciones más conmovedoras en la novela que la irrupción de "ña" Bernarda Cordero viuda de Molina en el salón de los Elías. Imágenes como esas expresan —léxica y semánticamente— el fracaso práctico de los ideales igualitarios añorados durante la instauración de la República de Chile. Uno de los grandes fines de la guerra de independencia en contra de la jerárquica España encontraba un fuerte mentís en el Santiago de 1850; treinta años después de finalizada esa guerra las relaciones sociales imperantes en la república continuaban obedeciendo al sistema de castas prevaleciente durante los trescientos años de vida colonial. La tendencia vital del país ha consagrado esas divisiones que ni el régimen republicano ni la tímida democracia podían aminorar; y ese es el desafío que acepta Martín Rivas: subvertir el orden retardatario de la sociedad. Fuera de la novela Martín Rivas es un héroe en la conciencia del chileno común porque vence aquella radicalidad. Sospechamos que de esta victoria nace su gran aceptación en las capas lectoras medias del país, aún víctimas de ese divorcio. Y en cuanto a las castas importa repetir la fecha inicial del texto, ese julio de 1850, porque un mes antes, el 7 de junio, el diputado liberal Juan Bello "presentó un proyecto que tenía por objeto declarar que los mayorazgos, abolidos por la Constitución de 1828, no habían sido restablecidos por disposición alguna y que, por consiguiente, los bienes sobre que habían sido fundados debían ser divididos con arreglo a derecho"¹². Las fuerzas progresistas del país libraban una nueva batalla en contra de ese exclusivo sector de la aristocracia que ni el mismo O'Higgins pudo doblegar. En la novela no se menciona el problema de los mayorazgos, que causó hondo revuelo en el país, pero tal vez ello explica la omnipresente conciencia de clase manifiesta en el texto: absolutamente todos los personajes hacen explícita su condición social, y todos aspiran a mejorarla. El reiterado tema del matrimonio se presta apropiadamente para ilustrar ese fin, en una novela que se basa en personajes jóvenes y de cuyo destino próximo la obra da cuenta detalladamente¹³.

12. Se refiere ampliamente a este aspecto Ricardo Donoso, en el capítulo que titula "La lucha contra la aristocracia", pp. 115-173; la cita anterior, de la p. 157.

13. Hasta en los grupos pobres el matrimonio queda supeditado a un fin económico. Cuando Edelmira Molina manifiesta su rechazo a una unión con Ricardo Castaños, porque no lo quiere, su madre exclama: "¿Qué me importa a mí que no lo quieras? ¿De dónde has sacado que es preciso querer?" (p. 241) Todas las capas sociales afincan sus posibilidades en un buen casamiento; nada prosperaban los modos nuevos y libres bajo el sistema republicano.

Martín Rivas es el gran triunfador en esa pugna; y si es cierto, como se ha notado, que Rivas más que un "héroe de la clase media" es un burgués en potencia, también es cierto que esa potencialidad no aminora la distancia enorme que tanto el narrador como Leonor y Martín reconocen entre sí¹⁴. Además, si Rivas tiene predisposición para ser buen burgués, Leonor la tiene aun mejor para ser una buena liberal: "a mis ojos —dice— un hombre no vale ni por su posición social ni mucho menos por su dinero" (p. 163). Y en otro pasaje igualmente intenso de su inesperado romance exclama: "¡Qué me importan los ricos...! Hay muchas cosas que pueden valer más que la riqueza." (p. 249) Ella es capaz de regirse sinceramente por los valores más estimados del nuevo credo, y su búsqueda es contraria a la de la mayoría: "Aún no he encontrado al hombre que tenga bastante altivez para despreciar el prestigio del dinero y bastante orgullo para no rendirse ante la belleza." (p. 28) Podría decirse que Leonor es una liberal innata, pero esto sería desestimar el rasgo de su inteligencia, siempre exaltada por el narrador. Ella como Rivas representan, además de la juventud y el amor, la inteligencia; ambos comprendían, según rezaban las bases de ese liberalismo, que a un grado de desarrollo de las luces debía corresponder un desarrollo de la sensibilidad.

Junto a esos principios de la Ilustración implícitos en la novela se presenta de modo explícito la concreción de esos postulados en un hecho de la historia chilena tangente a la acción principal: el vertiginoso crecimiento de la Sociedad de la Igualdad, por esta época en Santiago. "La Sociedad de la Igualdad —dice el narrador— compuesta a principios de 1850 de un corto número de personas, había visto engrosarse en prontitud sus filas y llegado a ser el objeto de la preocupación general a la fecha de los sucesos que vamos refiriendo". (p. 53) La historia corrobora esta mención como otras muchas de la novela; en efecto, "el número de socios, que no pasaba de 200 en abril, subía a 400 en junio y excedía de 600 en julio"¹⁵. Nuevamente coinciden en el comienzo de la obra una ficción con un hecho histórico que será su determinativo: en ese julio llega Rivas a Santiago; nueve meses más tarde ofrece su vida por esos principios renovadores; ha abrazado la causa del pueblo con todas sus consecuencias y no como una escapatoria a la desilusión amorosa; suya es la decisión "de contri-

14. Concha, Jaime escribe en su prólogo: "Arquetipo huérfano de substancia, Martín cumple con todas las cualidades del burgués, menos con una, la del capital y la propiedad privada." p. xxviii. Estas consideraciones se encuentran ampliadas en su artículo: "Martín Rivas o la formación del burgués", en: *Casa de las Américas*, N° 89 (1975) pp. 4-18.

15. Encina, Francisco A.: XII, p. 243. En este punto conviene exponer una cuestión relativa a las ideas que sustentan el discurso de la novela y la conducta de sus dos principales personajes: la cercanía entre ese pensamiento y los postulados básicos de la Sociedad de la Igualdad, formulados por Francisco Bilbao y adoptados a modo de principios de admisión a la Sociedad: "1° La soberanía de la razón como autoridad de autoridades; 2° La soberanía del pueblo como base de toda política; 3° El amor y la fraternidad universal como vida moral." Citados por Jobet, Julio César: *Los precursores del pensamiento social de Chile*. Santiago, Editorial Universitaria, 1955, p. 12.

buir también a la realización de las bellas teorías políticas y sociales que aquellos jóvenes profesaban y pedían para la patria" (p. 308)¹⁶.

Por los mismos días cuando Fidel Elías tramita afanosamente el casamiento de su hija Matilde como garantía para reobtener el arriendo de la hacienda El Roble. Francisco Bilbao encabeza, el 14 de octubre de 1850, un desfile por la Alameda en el que participan mil cuatrocientos igualitarios. Bilbao es el único personaje histórico coetáneo al narrador y a sus primeros lectores mencionados en el texto —además de Urriola que murió ese 20 de abril—; tal mención es una forma de exaltar la figura de quien más se destacó en esa generación en la lucha por cambiar las formas sociales y políticas del Chile decimonónico. Rafael San Luis, la noche antes del levantamiento, le comunica a Rivas: "Bilbao y muchos otros que tú conoces tomarán parte en la jornada y les he prometido que serías de los nuestros." (p. 319) Esta frase, además de incorporar sutilmente la historia en la ficción, conlleva un *shifter* —"y muchos otros que tú conoces"— que en rigor afirma "y muchos otros que la sociedad conoce", y que el lector de entonces pudo fácilmente recordar; así Martín Rivas quedaba en el plano del anonimato, conveniente a su naturaleza, mientras las figuras históricas, y especialmente Bilbao, volvían a ganar la atención pública¹⁷.

En todo caso, la distancia que va de personajes tales como don Fidel Elías y don Simón Arenal a Martín Rivas y Rafael San Luis refleja las variaciones de las fuerzas entre las que se debatía el país: mientras una burguesía agroexportadora se esmera en acrecentar su riqueza a través del lucrativo envío de trigo a California, sectores medios y populares se organizan para desafiar ese orden gobernante que había puesto las metas de la sociedad en los estamentos de clase y en el dinero, "el ídolo del día" (p. 16)¹⁸. En estos años cuando "la

16. El amor como un antídoto de la inclinación revolucionaria, es la tesis que se expone en el artículo de Guillermo Araya, antes citado. Para sostener lo contrario recurrimos al siguiente pasaje de la novela, un diálogo entre San Luis y Rivas: "—Es decir que has abrazado nuestra causa con todas sus consecuencias.— Con todas —dijo Martín con aire resuelto.— —¿Y miras como formales los compromisos que has contraído allí de tener tu brazo a la disposición de una orden que yo te asegure ser de nuestro jefe? —Los miro como sagrados.— ¿Ni leonor te haría desistir de cumplirlos? —Ni ella ni nadie.— Eres el hombre que he creído siempre conocer— dijo San Luis, sentándose frente a su amigo." pp. 318-319.
17. Francisco Bilbao (1823-1865), al igual que Martín Rivas, estudió en el Instituto Nacional el curso de Derecho, además de los de Latín y Filosofía. En 1844 publicó en *El Crepúsculo* su muy discutido artículo "Sociabilidad chilena", en el cual combate al autoritarismo del gobierno y la organización aristocrática "feudal" de la sociedad chilena, entre otras cuestiones. Al año siguiente viajó a Francia, donde continuó su formación intelectual. Regresó a Chile en febrero de 1850; en mayo de ese año apareció su escrito *Boletines del Espíritu*, dirigido, sobre todo contra la Iglesia. Como sostiene la novela, participó activamente en el motín de Urriola; logró escapar a Valparaíso y desde allí pasó a Lima; también sobre él pesaba una condena de muerte. Falleció en el Perú sin retornar a Chile.
18. Afirma Bauer con respecto al comercio de trigo con California: "A wholly new outlet for wheat and flour developed, and during the year 1850-1853, some 340.000 quintals were exported annually. By 1855, however, sufficient grain was raised in California to take care of local needs..." (Bauer, Arnold J: *Chilean Rural Society from the Spanish Conquest to 1930*. Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1975, p. 63). Como puede verse, la novela se sitúa en los años más intensos del comercio agroexportador.

aristocracia se aburguesa y la burguesía se aristocratiza”, grupos renovadores de la ciudadanía se unen para enfrentar esa alianza plutocrática que tenía lugar en la capital¹⁹. De aquí se infiere un sentido contextual del tópico “el provinciano en Santiago”: las dos amenazas que el núcleo conservador capitalino sufre en el decenio referente de la novela provienen de las provincias: la del General Cruz, de Concepción, y la de Pedro León Gallo, de Copiapó. Nada casualmente Martín Rivas proviene de Copiapó, lo que le dota del atractivo revolucionario generado por la personalidad del heroico caudillo nortino²⁰. Al aparecer la novela apenas tres años después del levantamiento de Gallo, estos rasgos descriptivos debieron predisponer a los lectores hacia cierta conducta del personaje principal, consecuente con el enfrentamiento que se libraba en el país; así, al entrar Rivas en la elegante casa de los Encina se espera que sea desafiado no sólo por el amor, sino también por la tormenta política que crecía en la capital y que, como afirma el narrador, “por entonces traía dividida a todas las clases sociales de la familia chilena.” (p. 305). Y el único elemento capaz de anular esa división será el amor auténtico; la novela recrea magistralmente sobre la estructura de un cuento de hadas o de un universal literario —la heredera noble y displicente y el enamorado plebeyo y pobre pero capaz de vencer todas las dificultades— la historia y las vicisitudes familiares de una década relevante en la historia nacional.

Conviene ampliar la significación de las menciones textuales relativas a la prosperidad económica de esa burguesía que deslumbra a Martín Rivas, puesto que esa situación histórica incide igualmente en la configuración del cosmos novelesco: siguiendo un procedimiento balzaciano, el narrador esclarece detalladamente el origen de la fortuna de don Dámaso Encina; siendo éste dependiente de tienda en Valparaíso, casó con una joven cuya dote le permitió iniciar una carrera comercial que al cabo de unos veinticinco años le llevó a la sólida fortuna con que cuenta en 1850. Si ese matrimonio se realizó hacia 1825, su caso ejemplifica bien la dirección que había seguido el país luego de Lircay, asentado el predominio conservador portaliano. Esta naciente burguesía mercantil, que pronto ataría Chile a las redes del capitalismo internacional, aspira igualmente, según declara el narrador, “con su poder y su fausto a hacer olvidar enteramente la oscuridad de la cuna... y —agrega con su invariable óptica liberal— dudamos mucho que éste sea un paso dado hacia la democracia” (p. 11). Esta clase de juicios revierten el texto hacia la reflexión, hacia las “costumbres

19. La frase recién entrecomillada pertenece a Faleto y Kirkwood, quienes líneas antes afirman: “Esta sociedad burguesa, tiende a estratificar a la sociedad en términos de riqueza y por consiguiente, a simplificar el número de los grupos sociales: burguesía o clase alta, como ellos prefieren llamarse, clase media o ‘medio pelo’, como gustan de decir, y chusma y rotos como representantes de la clase popular.” p. 144.

20. Sobre el carisma de Gallo escribió Domingo Arteaga Alemparte: “Al terminar aquel mismo año, (1859) los mil ecos de la popularidad hacían resonar su nombre hasta en los últimos rincones de nuestro territorio. Su figura se cernía sobre sus conciudadanos envuelta en el manto de la gloria. Sus partidarios le aclamaban héroe, sus enemigos le contemplaban con respeto.” Este trozo es citado por Encina, Francisco A: XIII, p. 310.

político-sociales" aludidas en el subtítulo de la obra²¹. Además, tales opiniones se reiteran a través de la metáfora de los acontecimientos novelados: esas capas no aristocráticas tradicionales de la sociedad chilena, como los Encina, los Elías, los Rivas, han encontrado en el capitalismo su gran opción, y en términos de clase, la oportunidad de su redención; aunque a Martín no lo redime el dinero, sino el amor: como buen demócrata él se ha enamorado de la mujer y no de su dote; él es la excepción ejemplar porque ve en el capital únicamente un medio para alzarse hasta Leonor²². Y la búsqueda de ese medio la realiza sin abandonar sus ideales justicieros e igualitarios; por eso, a medida que avanza en el romance progresa también en la práctica de los negocios y en el despertar de su conciencia política. Así el héroe se convierte en un ideal de su época: adquirirá justamente un capital y mantendrá en su vida política una actitud abierta y democrática. No de otro modo se resuelve en el siglo pasado el ideario romántico-liberal.

El triunfo de Martín Rivas es, por ampliación, el de un neocapitalismo que estaba fortaleciendo y readecuando el orden tradicional de Chile; la llamada aristocracia castellano vasca, beneficiaria directa de la emancipación, acoge a la burguesía que pronto contará en sus filas; no parece en absoluto casual, por ejemplo, la semejanza que existe entre la vida de don Dámaso Encina y la de Francisco Ignacio Ossa²³. Esta fusión del dinero antiguo con el nuevo encuentra su momento más propicio en el decenio de Montt y en las políticas que entonces se gestaron. Por eso la ofensiva liberal apenas empezaba en 1851 y, si había sido derrotada militarmente ese año, sus principios volvían a ganar actua-

21. Creemos que en consecuencia con el subtítulo que dio a su obra, más adelante el narrador califica su relación como "estudio social" (p. 151); si óptima la acción, es claro que ésta tiene un fin ancilar en comparación con las observaciones sociales. Al fijar Blest Gana el estado del hombre y de la sociedad chilena de su tiempo entronca con lo profundo del realismo. Latcham había señalado: "La técnica de Blest Gana debió al realismo dos procedimientos: primero, la acumulación del detalle, con sujeción a veces fotográfica al mismo; y luego, la concentración de lo observado en un friso de época." (Latcham, Ricardo A. "Blest Gana y la novela realista", *Anales de la Universidad de Chile* N° 112 (1958) p. 39). Además, debe notarse que el narrador usa la voz "novela" con cierto matiz despectivo y solo para referirse a aventuras algo inverosímiles o excesivamente románticas.
22. Son varios los pasajes en los cuales se expresa esta idea; particularmente ilustrativo al respecto es el capítulo XVII, consistente en una conversación entre Leonor y Martín; allí expresa Rivas que una persona en su posición no tiene derecho de estar enamorado de una joven como Leonor. Más adelante él declara que en ciertos casos la riqueza puede ser una necesidad: "Cuando un hombre, por ejemplo, considera la riqueza como un medio para llegar hasta la que ama." (p. 249).
23. Iniciado en tímidas especulaciones comerciales, Francisco Ignacio Ossa Mercado enriqueció en negocios de minería en Copiapó; luego se traslada a Santiago y adquiere las haciendas de Codao y Callouque. Surgió entre los conservadores y fue amigo de Portales. Partidario de Manuel Montt, pero en 1857, ya como senador, combatió la omnipotencia del presidente. El presentó en 1858 una ley de amnistía en favor de todos los acusados y reos políticos después de 1850. Murió en 1864 en su palacio de La Alhambra, en la calle Catedral. Fue casado con María del Carmen Cerda y dejó once hijos e hijas. El mayor, Gregorio Ossa Cerda, se consagró a la agricultura y fue propietario de extensos latifundios cerca de Santiago; en su primer desposorio casó con su prima Rosario Ossa. (Cfr. Figueroa, Virgilio: *Diccionario histórico biográfico y bibliográfico de Chile*. Santiago, Balcells & Co., 1931, IV, pp. 423-424).

lidad ocho, diez años después, en una sociedad que no podía acallar con las armas los afanes progresistas. La debatida cuestión de la perspectiva del narrador con respecto a los hechos narrados implica también la semejanza del año 1851 con el de 1861, en el cual parece escrita la obra, según lo reconoce el narrador: "... el furor de la prensa, alimentando la encarnizada enemistad de los bandos y los rencores de partido, echaron en los pechos las profundas raíces que retoñan al presente, diez años después, con el vigor de los primeros días de la lucha" (p. 305). El carácter cíclico de estos sucesos impone al axioma que sostiene la significación última del texto: aunque derrotado, el liberalismo no ha muerto.

De aquí se produce una reveladora disociación entre el personaje central y su mundo inmediato y los principios que él representa; Martín Rivas es transitorio y su identidad se pierde en el anonimato de un grupo social al que se integra, pero los ideales democráticos del liberalismo mantienen su mensaje más allá del par de años que enmarcan los acontecimientos novelados. Este principio sustentador explica también la estructura de la acción, porque si la primera parte, hasta el asalto al Cuartel de Artillería y la captura de Rivas, se apoya en lo acaecido durante 1851, la parte final parece elaborarse sobre lo sucedido en 1859, durante la segunda revolución liberal; la prisión de Martín Rivas y su fuga a Lima sugiere la de Guillermo Blest Gana, hermano de Alberto, participe en ese intento que nuevamente fallaba ante el predominio conservador. Estos sucesos afectaron profundamente al novelista.

Las elecciones de marzo en 1861 traen otra grave derrota para los liberales: realizadas bajo un régimen de facultades extraordinarias "fueron totalmente adictas al gobierno"²⁴. De esta fuerte base electoral nacería la candidatura presidencial de José Joaquín Pérez, cerrando de nuevo y prácticamente por diez años más las opciones políticas a los grupos verdaderamente democráticos del país. Doña Francisca de Elías lo había observado: "Aquí los que eligen son los gobiernos y no los pueblos". (p. 31) En esas horas de desaliento para sus ideales el autor escribe a un amigo: "Te aseguro que quedo hastiado de los azares de esta época... Tantos odios, tantos y tan acendrados rencores como he visto desarrollarse en esta lucha, dejan en mi ánimo una profunda aversión a la política"²⁵. Estas palabras tal vez logren explicar su alejamiento de las lides inmediatas; su contribución perdurable, en cambio, quedaría en su novela: en ella está la prueba de adhesión más sólida a sus creencias. Bajo esta convicción, en un discurso pronunciado en 1861 en la Universidad de Chile, declaró acerca de la novela histórica:

24. Donoso Ricardo: *Op. cit.*, p. 412. A partir de este nuevo decenio el liberalismo chileno va a entrar en una posición más definida con la creación del partido Radical, pero el predominio conservador seguirá manifiesto en el Chile del siglo XIX. Los postulados de la Sociedad de la Igualdad fueron acogidos en buena medida por el nuevo partido político, particularmente en lo relativo al papel de la Iglesia y en los planes de mejoramiento de la clase obrera. Es del mayor interés, tanto para lo que toca al hecho de 1851 como para sus proyecciones, el libro de Vicuña Mackenna, Benjamín: *Historia de la jornada del 20 de abril de 1851. Una batalla en las calles de Santiago* (Santiago, Rafael Jover, editor, 1878).

25. La carta es citada por Latcham, Ricardo, *Op. cit.*, p. 36 (ver nota 21).

Su influencia en el mejoramiento social es al propio tiempo más directa también que la que los otros géneros de novela pueden ejercer, puesto que en su esfera se discuten los más vivos intereses sociales; que el escritor puede combatir los vicios de su época con el vivo colorido que resalta en el diseño de cuadros de actualidad y encomiar por medio de otros de igual naturaleza, las virtudes cuya imagen importa siempre presentar al lector en contraposición de las flaquezas humanas²⁶.

Erradicar los vicios sociales por medio de la palabra escrita: esa fue su acción. Su compromiso, la literatura, el arte que conscientemente eligió para indagar en la historia patria. En su obra iba a permanecer un mensaje de aliento y estímulo en favor de una lucha permanente por la democracia y la libertad, que aún no cesa.

26. "Literatura chilena. Algunas consideraciones sobre ella. Discurso en su incorporación a la Facultad de Humanidades, leído en la sesión del 3 de enero de 1861." El texto completo de este discurso es reproducido por Promis, José: *Testimonios y documentos de la literatura chilena (1842-1975)*. Santiago, Editorial Nascimento, 1977, pp. 108-128.